

tarismo que halló en Bentham su malaventurado filósofo y en la Inglaterra del siglo pasado su realizadora más diligente y metódica.

No escapa a la consideración de aquellos que con superficialidad sorprendente acusan a la Iglesia de Roma de haber contribuído en coalición con el capitalismo al surgir del gigantesco proletariado moderno, que la cuna de este pauperismo y esclavismo desconocido en las otras edades de la historia no fué otra que Inglaterra, y que en Inglaterra escribió Carlos Marx sus turbias páginas de rebelión, precisamente al contemplar los frutos amargos producidos por aquella nación, después de su separación de Roma⁹.

Por esto, si alentamos fe en un control de la economía por parte de la Iglesia, como hemos dicho, para el renacimiento material del mundo, nuestra confianza se orienta decidida y exclusivamente hacia la obra y la doctrina fulgurante de Roma.

⁹ Carlos Marx en el prefacio al primer volumen del Capital escribe estas palabras textuales: « Estudio en esta obra el modo de producción capitalista y las relaciones de producción y de cambio que le corresponden. Inglaterra es el lugar clásico de esta producción. Y por esto tomo de este país los hechos y los ejemplos típicos, que sirven de ilustración para el desarrollo de mis teorías.

LA CREACION DEL HOMBRE

*Convergencias y divergencias en las versiones bíblicas modernas
y en sus notas*

Por FLORENTINO OGARA, S. I. - San Miguel

Hagamos al hombre: Gén. 1, 26 ss.

a) CREACIÓN DEL HOMBRE.

Al llegar a la creación del hombre, la narración genesíaca se reviste de mayor solemnidad. Ya no dice Dios « Sea la luz », « Sea la expansión », « Germine la tierra », etc., sino que hablando en primera persona plural dice de una manera nueva, que refleja en lenguaje humano una como pausa de deliberación ante la excelencia de la obra: « Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza ». A renglón seguido, se nos da una descripción sumaria de la creación del hombre, varón y mujer, de la bendición de Dios en orden a toda la prole humana, derivada de aquel único tronco, y al poder que se le confiere sobre todas las criaturas terrestres. Más adelante se muestra cierta divina predilección en la descripción minuciosa antropomórfica de la creación del hombre (Gen. 2, 7) y de la formación de la mujer (Gen. 2, 18 ss.), que leída en su sentido obvio reclama una intervención especial y nueva de Dios en la formación del cuerpo del primer hombre, nada favorable a la teoría evolucionista, aun con las necesarias restricciones obligatorias para todo católico.

No se trata de discutir si sería, o no, más o menos noble la procedencia del cuerpo humano de una materia orgánica, especialmente modificada. Esa es una cuestión especulativa abstrac-

ta. Sin embargo, la toca HEINISCH con circunspección, haciendo notar la cautela que impone la frase de la Comisión Bíblica que manda se tenga en cuenta una *peculiaris creatio hominis*, y la realidad de la investigación histórica, en la cual el hombre aparece desde el principio como un individuo personal. Act. Ap. Sedes 33 (1941), 506.

En NÁCAR-COLUNGA (2.^a ed.) al consignarse (pág. 17, n. 24) los puntos que han de ser tenidos como históricos, según el decreto del 30 de Junio de 1908, falta (evidentemente por mero descuido) este miembro: « *peculiaris creatio hominis* », que con razón se entiende de la creación del cuerpo, ya que sobre la creación del alma no cabe discusión alguna.

Solamente en el orden de los hechos y fundándose en ellos es donde se ha de investigar si hubo o no alguna preparación más o menos próxima, en los seres orgánicos irracionales, para la formación peculiar del cuerpo del hombre. De tal manera, en todo caso, que Dios interviniese en el último estadio de un modo especial en el mismo cuerpo y le infundiese el alma espiritual, y en suma el hombre no pudiera llamar padre ni antepasado a ninguna bestia. Pero aún así, hasta el momento presente la ciencia no responde con ningún hecho: se contenta con teorías y con hipótesis. Los que hoy se llaman *neodarwinistas* y *neolamarckistas* van por sendas divergentes y no llevan camino de llegar a un acuerdo. Por otra parte, la paleontología les sale al encuentro con datos totalmente opuestos a sus hipótesis ¹.

¹ Los transformistas ortodoxos se han visto sorprendidos, y no pocos de ellos disgustados, al ver que sus teorías acerca del origen del cuerpo humano se hallaban en flagrante contradicción con los hechos científicos. Así lo dice el mismo autor en el artículo citado, n. 2 (pág. 84 cc.).

« Los descubrimientos hechos en Inglaterra y en Africa, poco tiempo después de la última guerra, y los nuevos exámenes a que, a continuación de estos descubrimientos, se sometió a otros restos humanos muy antiguos, anteriormente conocidos, pero cuyo estudio objetivo se había descuidado y aun falseado por las ideas preconcebidas de la escuela transformista ortodoxa, han permitido llegar a conclusiones nuevas. Y no son éstas, es justo subrayarlo, fruto de especulaciones teóricas y de ideas preconcebidas, sino resultado de exámenes hechos con todas las precauciones científicas deseables por un gran número de sabios que ofrecían todas las necesarias garantías de objetividad.

Así, el problema de los restos humanos descubiertos en el Africa oriental, en Kanam y en Kanjera y cuya data se había puesto en litigio, fué sometido al estudio de una comisión internacional de no menos de 28 sabios, la cual se reunió en la Universidad de Cambridge en 1933. Las conclusiones de los tra-

Nada digamos de las fantasías de tantísimos millares de años que establecen los unos y los otros para el hombre histórico: bien se ve que no tienen que pagar las cifras exorbitantes, que parecen echadas a volar a capricho con fantásticas diferencias entre unos y otros. Esto más tiene de cavilación sin compromiso que de ciencia responsable.

Estas mismas conclusiones se sostienen con toda firmeza en el reciente libro de W. KOPPERS, *La religione dell'uomo primitivo* (Milán, *Vita e pensiero*, 1947) y en el de J. TERNUS, S. I., *Die Abstammungslehre heute*. (Habel, Ratisbona, 1948). En el carácter de mera teoría, mera hipótesis sin base real, insisten con razón otros muchos y entre ellos el conocidísimo P. GEMELLI, y es lo que otros objetan al muy estimado libro reciente del reconocido antropólogo P. V. MARCOZZI, S. I., *Evoluzione e creazione: Le origini dell'uomo* (Milano, 1948, 3.^a ed.) que a pesar

bajos de esta comisión fueron que el hombre de Kanam era un *Homo sapiens*, muy próximo al tipo proto-mediterráneo y que, si no era de modo cierto el contemporáneo del hipopótamo enano, de los elefantes menores, del dinoterio y de otras especies, cuyos residuos se han encontrado en la misma capa arqueológica, aunque aquéllas se habían extinguido en Europa desde el fin del terciario, no por eso dejaban de remontarse a una época correspondiente sin duda al pleistoceno medio y muy anterior, según parece, a la de los Neandertalianos europeos (Cf. KOHL-LARSEN, Bericht über meine Afrika-Expedition, 1934-1936, 1937-1939, unter besonderer Berücksichtigung der Fundstätten fossiler Menschenreste. Zt. f. Ethnol, 1939, Heft 4/6).

Hubo antropólogos deseosos de defender las antiguas tesis transformistas e inquietos por haber de revisar sus teorías, que pusieron en litigio, y por cierto con vehemencia, el valor de los testimonios geológicos admitidos por la comisión de sabios de Cambridge. Mas desde 1933, nuevos descubrimientos, en Africa y en Inglaterra, como también nuevos exámenes de cráneos más antiguamente conocidos que los que arriba hemos hablado, han debilitado todavía más la posición de autores adheridos a antiguas concepciones científicas que hoy conviene revisar. Porque, si bien se consentía en dejar fuera de combate al « *Homo sapiens* » de Kanam, cuya edad no se pudo establecer de una manera absolutamente precisa, y aun al de Kanjera, que por otra parte se tiene por menos antiguo, y que, sin embargo, sería anterior al Neandertaliano del Monte Circeo, ya que, según el dictamen más reciente (1945) de AHSLEY MONTAGU, entre otros, dataría del pleistoceno medio, puede oponerse a estos espíritus demasiado escépticos el testimonio de otros restos de « *Homo sapiens* » fósiles, cuya edad geológica es imposible poner en duda.

Y es así que los cráneos de Piltdown y de Galley Hill, contemporáneos del Homo de Piltdown, los de Londres y de Bury St-Edmunds, y sin duda el de Denise, pertenecientes todos al tipo « *Homo Sapiens* », son a lo menos tan anti-

de una posibilidad problemática, y no fundada en hecho alguno; antes bien con hechos opuestos al sistema evolutivo (puesto que no hay *genotipos* que hayan pasado de una especie a otra y en las variaciones genotípicas propias la mudanza suele ser no progresiva sino regresiva a la especie inferior), se muestra excesivamente benévolo con la teoría. Lo que falta a la experiencia se suple con la fantasía. Con más fuerza se ha atacado al R. P. TEILHARD DE CHARDIN, S. I., uno de los más decididos representantes en el campo católico del evolucionismo mitigado. Véase el libro del P. PEDRO DESCOQS, S. I., *Autour de la crise du transformisme*, 2.^a ed. París, 1944.

He aquí la conclusión general:

En el terreno de las ciencias humanas los sabios se muestran más cautos respecto del origen del hombre, y la ciencia no ha podido *demostrar* nada ni contra la creación del cuerpo hu-

guos como los restos del Pithecanthrope y del Sinánthrope, siendo en todo caso, téngase entendido, muy anteriores a todos los Neandertalios. El hombre de Piltdown dataría, efectivamente, del comienzo del interglaciario Günz-Mindel, o sea en torno de los 540.000 años (según la cronología de MILANKOWITCH), a pesar de que su capacidad craneana y la conformación de su cerebro, según los moldes tomados de su cavidad endocraniana, *no le distinguen en nada de los hombres modernos*, como lo afirma, en nombre de la comisión investigadora del cráneo de Swanscombe, Sir ARTHUR KEITH, autoridad bien conocida, que lo ha sometido a un estudio profundo ».

Nos abstenemos de otras citas que pudieran entresacarse del mismo estudio, para concretarnos a las siguientes líneas, por extremo significativas (págs. 90-91):

« La oscuridad que envuelve las primeras edades de la humanidad se ha espesado todavía más en estos últimos años y nos hallamos muy lejos de las explicaciones demasiado simples del tiempo en que el darwinismo se hallaba en la flor de su gloria. El ensayo de clasificación de los hombres fósiles y de sus relaciones recíprocas sometido por el profesor F. WEIDENREICH al Congreso internacional de Antropología y de Paleontología, reunido en Copenhague en 1938, es una prueba más de ello. (Sigue una lista de clasificación, y continúa el articulista):

« Mas habiendo [el profesor] establecido dos listas, la una de las series morfológicas conformes a las teorías de perfeccionamiento progresivo y evolutivo, es decir, de *lo que debiera haber pasado*, según el transformismo ortodoxo, y la otra, de la *sucesión cronológica de las razas humanas*, esto es, de *lo que realmente ha pasado* (en el estado actual de nuestros conocimientos) WEIDENREICH ha tenido que reconocer una oposición total entre estas dos listas ».

Pónense las tablas contrapuestas, y se saca esta conclusión:

« Se ve que no solamente no hay correspondencia alguna entre los números de orden de las dos listas, sino que por el contrario hay una oposición casi total... »

mano fuera de todo proceso evolutivo, por peculiar intervención divina, ni menos aún contra el *monogenismo*, esto es la propagación de todas las razas humanas derivada de una pareja única, el primer hombre y la primera mujer, en contraposición al *poligenismo*, es decir, muchas parejas primitivas, que de suyo corresponderían a la teoría evolucionista, de no intervenir Dios.

En el terreno de la Biblia es evidente que hay una intervención especial de Dios respecto del cuerpo humano, sin que por eso se atrevan los teólogos modernos a tildar de herética la opinión de los que admiten la tenue posibilidad de que Dios infundiera el alma racional en un cuerpo previamente organizado y elevado a mayor perfección, del cual luego formara la primera mujer, y así de ambos por vía natural se propagase el género humano. Hay que confesar, sin embargo, que no es éste el sentido obvio de la letra bíblica. Como por otra parte es necesario admitir la formación del cuerpo de la mujer, no por evolución, sino por extraordinaria intervención divina, que la formó del cuerpo del hombre, no se ve por qué el intérprete católico ha de admitir aquí tal intervención y rechazarla o atenuarla tratándose de Adán, sobre todo viendo que se van apagando de día en día las voces, antes tan audaces y ahora tan tímidas, de los evolucionistas. Por lo demás, es claro que ningún católico puede defender el *poligenismo*, totalmente opuesto al dogma del pecado original y de la universalidad de la redención.

Toda la cuestión seriamente tratada en sus diversos aspectos, con oportunas y modernas citas de autores competentes en las ciencias experimentales y en la filosofía y teología, puede verse en ESPASA-CALPE, *Enciclopedia universal*, art. *Transformismo*, pp. 947-987, como también en otras Enciclopedias católicas, etc. En síntesis breve y completa puede consultarse en *Biblisches Reallexikon* von Dr. EDMUND KALT, palabra *Mensch*, col. 134; H. LENNERZ, S. I., *Mensch*, p. 202, *Menschengeschlecht, Einheit; Menschennatur, Einheit; Erschaffung des Menschen*, en el *Handlexikon der katholischen Dogmatik* del P. J. BRAUN, S. I.

Mucho después de escrito lo que antecede, se celebraron en Roma la Semana Teológica (en la Universidad Gregoriana; 20 al 25 de Septiembre, 1948) y la décima Semana Bíblica Italiana (Instituto Bíblico, 27 de Septiembre al 1.º de Octubre), donde, según lo anunciado de antemano, se habían de tratar, y en efecto

se trataron, fuera de otros temas, los diversos aspectos del tema antropológico.

De la Biblia nos da un resumen la Revista *Verbum Domini* (vol. 26, fasc. 6, p. 321-334). El R. P. BEA, S. I., Director del Pont. Instituto Bíblico, según la nota sintética del R. P. ZERWICK, S. I., comenzó diciendo, por lo que hace a la parte científica, que « a la cuestión de *si existe un proceso evolutivo que sobrepase la especie o el tipo* », los hechos hasta ahora conocidos responden *negativamente*. Porque faltan las formas intermedias, y solamente ellas son las que podrían probar el tránsito de un tipo al otro. En otras palabras: la evolución total no está científicamente probada, sino que es un *postulado* de cierta filosofía evolucionística, o *hipótesis* por la cual la ciencia se esfuerza en explicar algunas analogías que se hallan entre diversos tipos.

Por lo que hace a la Biblia, nada favorece a los evolucionistas. En Eva es necesaria la intervención inmediata y especial de Dios. ¿Por qué no en Adán? Si en éste lo demostrara la ciencia, no podríamos decir que el texto sea irreductiblemente contrario; pero, entre tanto, se opone el sentido obvio en el estado actual.

Del poligenismo, como contrario a los dogmas del pecado original propagado de uno solo a todo el género humano, y de la universalidad de la redención, disertó con gran firmeza en la Semana Teológica el R. P. LENNERZ, y respondió decididamente a la objeción que él mismo se propuso: ¿Y qué si el día de mañana la ciencia probase lo contrario? No hay cuidado: la revelación es clara; podemos esperar tranquilos.

b) FORMA PLURAL PERSONAL: *Hagamos*.

Con toda precisión y ponderación escribe HEINISCH: « Aquí se ha tenido en cuenta la relación de los animales con el hombre. Este es la corona de la creación y por eso se le presenta el último. Mas para manifestar todavía con más claridad la diferencia entre él y las demás criaturas hasta ahora sacadas a la existencia, no manda Dios simplemente que sea hecho, sino que consulta consigo mismo: « Hagamos al hombre ». Este plural no es un eco del primitivo politeísmo: por encima de él estaba ciertamente elevado el autor. Tampoco es una alocución de Dios a los ángeles o un monólogo consigo mismo, como en Job I.

Si en torno de Dios hubiera ángeles, esto se hubiera dado a entender de algún modo. Y es Dios, único, el que crea al hombre en el verso 27, con singular del verbo y del sufijo ».

Hasta aquí todo es indiscutible. Pero añade a continuación: « El que entiende el pasaje de la Trinidad, olvida que Gén. 1, 26 es una porción del Antiguo Testamento »². He ahí una idea que se repite también en otros pasajes y que no debe pasar sin explicación. Por nuestra parte respondemos: El que en el Antiguo Testamento no admite cosas que se entienden por el Nuevo, olvida que el autor principal de ambos es el Espíritu Santo. Una cosa es que no haya una revelación clara del misterio, que los antiguos pudieran entender con precisión, y otra muy diferente que no haya una insinuación de la *pluralidad* de las personas divinas, que nosotros entendemos con la luz que el Nuevo Testamento proyecta sobre el Antiguo.

El plural mayestático que en este pasaje Gen. 1, 26 quieren ver algunos, como Knobel, Umbreit, Reinke, ya que no cabe pensar que Dios aquí hable con los ángeles, queda absolutamente excluido por el texto Gen. 3, 22: « He aquí Adán que ha llegado a ser como *uno de nosotros*... ».

Hermosamente lo discute el R. P. DE HUMMELAUER (h. I.) y concluye que si en Gen. 3, 22 se ha de ver una insinuación de la Sma. Trinidad, no hay razón para negar lo mismo en Gen. 1, 26.

« Acordémonos, dice además, que nuestra cosmogonía no es otra cosa que la misma tradición dada divinamente a los hombres en los comienzos mismos de los tiempos y mucho antes de Moisés. En aquellos tiempos bien puede creerse que Dios reveló con más distinción el misterio de la Santísima Trinidad. El conocimiento de este misterio se desvaneció después en la memoria de los hombres, quedando algunos vestigios de la antigua fe en la narración de la creación y caída del hombre, y acaso también en la narración de la torre de Babel [descendamos, etc.]... Téngase también presente Rom. 15, 4 ». Es decir que las cosas del Antiguo Testamento fueron escritas para los fieles del Nuevo.

Muy bien resume la exposición del texto M. SALES en su nota correspondiente.

San Juan Crisóstomo, con otros Padres, ven aquí en con-

² Wer die Stelle von der Trinität versteht, der vergisst, dass Gn 1 ein Stück des AT ist.

creto insinuada la persona del Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas.

En su comentario completo del Génesis (hom. 8, n. 2; PG. 53, 71) expresa elocuentemente cómo Dios reservó para lo último la creación del hombre, porque no quería introducirle al mundo sino después de haberle preparado su palacio en el que le iba a aposentar como príncipe y rey.

Comparando el lenguaje imperioso de la creación de los otros seres, con la forma solemne y como deliberativa empleada antes de la creación del hombre, dice: «¿Has visto cómo con una palabra y precepto se obró toda la creación en los cinco días? Mira hoy qué diferencia en las palabras. Ya no dice: Hágase el hombre, sino ¿qué?: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». ¿Por qué esta novedad?, ¿por qué este modo extraño? ¿Quién es el que ha de ser creado, puesto que el creador emplea tanto consejo y circunspección en crearlo? No te admires, amado hijo. Lo más precioso de todos los vivientes visibles es el hombre, por cuya causa fueron hechas todas las otras cosas: cielo, tierra, mar, sol, luna, astros, los reptiles, las bestias de carga, todos los vivientes irracionales.

«Preguntemos aquí al Judío y veamos qué dice a propósito de la persona a quien se dirige aquel: *Hagamos al hombre según nuestra imagen*. De Moisés es la letra, a quien dicen creer, pero no creen; como ya lo dijo Cristo: *Si creyeráis a Moisés, también a Mí me creeréis* (Jo. 5, 46). Sólo que ellos poseen ciertamente la letra, pero el sentido lo tenemos nosotros. ¿A quién dijo, pues, *Hagamos al hombre* y a quién propone el Señor esta consulta? No porque Dios tenga necesidad de consulta y deliberación: ¡lejos tal pensamiento! sino que con la forma externa de las palabras nos quiere mostrar al vivo el honor extraordinario que tributa al hombre que ahora es creado. ¿Qué dicen, pues, esos que tienen todavía sobre su corazones el velo, y no quieren entender nada de los que aquí se contiene? Dice eso —responden— a un ángel o arcángel. ¡Oh, locura!; ¡oh, grande impudencia! ¿Cómo puede ser conforme a razón, ¡oh hombre! que los ángeles tengan comunicación en el consejo de Dios, y las criaturas con el Creador? No es de los ángeles tener comunión de consejo, sino asistir, y cumplir su ministerio. Y para que lo veas, oye al grandilocuentísimo Isaías, que dice

de las potestades superiores a los ángeles: *Vi a los Querubines de pie a la diestra del Dios, y a los Serafines, y se cubrían los rostros y los pies con sus alas* (Is. 6, 2: LXX). Es claro que por que no podían resistir el fulgor que de allí brotaba, y por eso asistían con gran temor y temblor. Lo propio de las criaturas es asistir al Señor.

Pero ellos, sin entender nada del contenido, echan sin más por su boca lo primero que les viene. Conviene, pues, que rechazando sus delirios enseñemos a los hijos de la Iglesia la verdad de las palabras. ¿Quién es, pues, aquel a quien dice: *Hagamos al hombre*? ¿Quién otro sino el Ángel del gran consejo, el admirable consejero, el dueño de la potestad, el príncipe de la paz, el padre del siglo venidero, el unigénito Hijo de Dios, el igual al Padre según la naturaleza, por el cual fueron hechas todas las cosas? A éste es a quien dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*».

Las mismas ideas repite en el 2.º de sus sermones más antiguos sobre el Génesis n. 1.º: PG. 54, 588.

Al llegar al cap. 3, v. 22, en el que Dios dice: «He ahí a Adán hecho como uno de nosotros», dice el mismo HEINISCH (p. 129):

«*Como uno de nosotros*: Si el autor hubiera sentido en la frase sabor de politeísmo, la hubiera evitado.

«El plural comprende todas las fuerzas superiores (alle höheren Mächte), como Elohim 1, 26 y nada se opone a que se explique el plural a base del plural Elohim. Según eso puede haberse insinuado ahí los seres celestes, pero criados, que se hallan en el séquito de Yahweh 18, 2; 19, 1; 28, 12; 32, 2. El autor conoce también los Querubines. No hay que pensar en la Trinidad (An die Trinität ist nicht zu denken)».

Nótese que hasta ahora no se ha hecho mención alguna de los ángeles ni otras potestades celestes en todo cuanto precede. Sólo en el versículo 24 se menciona un *querubín* y antes ha aparecido *la serpiente*. ¿Podrá un lector judío del Antiguo Testamento entender, al llegar aquí, por el contexto, que Dios habla de los poderes celestiales que no se han nombrado? ¿No es esto mucho más difícil que ver en la frase *uno de nosotros* algo que pertenece al mismo Dios, y que para el judío es oscuro y claro para el cristiano?

También NÁCAR-COLUNGA en la nota correspondiente a este versículo dice: « Habla el Señor a los «dioses» del v. 5, o sea los ángeles, que otras veces son llamados en la Escritura «hijos de Dios», con quienes la serpiente pretendía igualar a los hombres mediante la comida del fruto vedado ». Interpretación casi idéntica e igualmente infundada.

En aquella frase de la serpiente: « Sabe Elohim que en el día en que comiereis de él se abrirán vuestros ojos y seréis como Elohim, concedores del bien y del mal » en el primer miembro no cabe duda que se trata del Dios único; en el segundo: seréis como Elohim (kê'lohim) los LXX y la Vulgata lo tradujeron en plural (*theói, dii*), pero esto no prueba que lo entendieran de otros seres fuera de Dios, sino en el sentido de seréis divinizados, seréis como otros dioses, a la manera como se dice: seréis como Césares, etc., como reyes, etc. Ahora bien, en todo contexto antecedente y consecuente Elohim no se refiere sino a solo Dios. En el v. 1: ¿Con que os ha mandado Dios (Elohim) ...? En el v. 3: Nos ha dicho Dios (Elohim): No comáis... En el v. 5: Sabe Dios... Es pues, natural, que en el mismo sentido se haya de entender el v. 5b.

La versión siríaca traduce en singular: « Seréis como Dios », y no deja lugar a duda. Esta versión prefieren también muchos de los modernos, particularmente los que traducen directamente del original, como CRAMPON, CANTERA, el mismo HEINISCH, UBACH, VACCARI, etc. Otros, aun traduciendo como la Vulgata, advierten en nota que la traducción más exacta es no *dioses*, sino *Dios*, en número singular.

La interpretación judaica, que provocó en su tiempo las iras de San Juan Crisóstomo, Teodoreto, etc., ahora reproducida, como la hemos visto, con diferentes modalidades, puede verse en el Targum de Onkelos y en las versiones judías.

El Targum de Onkelos dice: Seréis como príncipes: *kerabrabín*, discernidores entre el bien y el mal. *Rabrab* pl. *rabrabín* contiene una reduplicación enfática.

De aquí no puede sacarse nada: la palabra *rabrabín* sin artículo, no indica nada determinadamente respecto de otros seres; dice simplemente que serán algo grande, importante. El participio siguiente *hakmin*, *scientes*, o mejor *sapientes*, no va con los *príncipes*, que pudiera sugerir otras criaturas principales sabedoras del bien y del mal, sino que se refiere al *eritis*, y está separado por el signo ortográfico *zagef*.

La Biblia Medieval romanceada trae la traducción « e seredes como ángeles sabidores de bien e mal ». Es una derivación de la interpretación rabínica.

Se comprende que los rabinos se desorienten, al oír a Dios decir: « Hagamos al hombre... » y más aún separar las personas: « He aquí a Adán como *uno* de nosotros », donde no aparece ninguna otra criatura. El católico lee el Antiguo Testamento con la luz del Nuevo. Fuera de ORÍGENES in Jo., voz solitaria en este caso, los demás Padres ven aquí la pluralidad de las divinas Personas y los intérpretes católicos, en general, nos dicen con razón que, si bien no se contiene el dogma claro de la Santísima Trinidad, a lo menos se insinúa, al afirmarse en Dios pluralidad de Personas. Cf. J. LEBRETON, *Histoire du dogme de la Trinité*, t. 1, p. 101; pp. 552-558.

A pesar de la sentencia categórica de HEINISCH, los comentaristas siguen su camino haciendo ver que en estos plurales se manifiesta la *pluralidad* de personas, y se insinúa la *Trinidad*, que nosotros conocemos claramente por el Nuevo Testamento; de donde, sabiendo que es Dios mismo el que escribe de sí, entendemos lo que los antiguos no podían entender sino vagamente. Tenemos, pues, aquí un « colloquium Dei apud seipsum (vel, ut SS. Patres explicant, trium personarum divinarum apud se, cfs. A. CONRAD, *Das Weltbild der Bibel*) quo determinatur dignitas hominis: ad imaginem et similitudinem nostram, et eius destinatio in terra: ut praesit, sc. ceteris creaturis huius terrae. » BEA, S. I., *De Pentateucho*, 2.^a ed., p. 137 ».

En el breve y enjundioso artículo de E. KALT (Biblisches Reallexikon, t. 1, v. DREIFALTIGKEIT, comparado con el artículo BILD) no solamente se afirma la pluralidad de personas en Gen. 1, 26, sino que en el contexto se determina el sentido de Trinidad, suponiendo que la palabra imagen significa la *segunda persona*, que es la imagen del Padre. A lo menos es cuestión que parece muy digna de estudio, y por eso apuntamos aquí las palabras del sabio autor: « Prescindiendo del nombre de Dios [Elohim] el relato de la creación del hombre contiene la primera alusión a la pluralidad de personas: « Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... y crió Dios al hombre según su imagen — según la imagen de Dios le crió (Gen. 1, 26 ss.). Toda vez que *imagen de Dios* se ha de entender una real (personal) copia del Ser divino, que posee en sí misma la naturaleza divina, y el plural « Hagamos » y « según nuestra imagen », a causa de Gén. 3, 22 (« el hombre ha sido hecho como uno de nosotros ») no

puede ser un plural de consejo íntimo o de majestad, se nos presentan aquí a lo menos tres personas: la que habla, aquella a quien se habla y la Imagen de Dios, esto es, aquel « uno de nosotros ». A los ángeles no puede haberse dirigido la frase; ni en la narración bíblica de la creación, ni en ninguna otra parte del Antiguo Testamento se les atribuye ninguna función activa en la creación; en Job 38, 7 aparecen ante el poeta como jubilosos contempladores en la creación del mundo visible. En cambio, es posible entender como una alocución a los ángeles aquel plural del Gen. 11, 7: ¡Ea! descendamos y confundamos sus lenguas (S. Agustín, *De Civit. Dei*, XVI, 5), ya que muchas veces en la Biblia aparecen como instrumentos de la ira de Dios ».

Este comentario diametralmente opuesto a los pocos de tendencia negativa y resueltamente partidario no sólo de la insinuación de la Trinidad, conforme a la exégesis tradicional, sino de la afirmación categórica, considerando la palabra « imagen » como persona real de la Santísima Trinidad, que luego aparece como la Sabiduría hipostática y el Logos consustancial al Padre, es en su primera parte el único aceptable; y en la segunda muy sugestivo y ciertamente digno de estudio.

LA LIBERTAD

Sus aspectos metafísico, psicológico y ético

III. — ASPECTO ETICO

(*Conclusión*)

Por LUIS E. CARRANZA, S. I. - San Miguel

II. — *El pecado:*

26. — Decíamos al comienzo de la tercera parte del presente estudio sobre la libertad, citando al P. Cafferata: « una misma potencia está especificada por el bien del hombre, *bonum honestum homini*, y al mismo tiempo es libre, esto es, puede apetecer un *bonum non honestum homini*. *El hecho es innegable* ».

Y este hecho innegable... es el pecado, cuya amargura más o menos intensa todos hemos probado.

El pecado es en el mundo debilidad exclusiva del hombre; ningún ser fuera de él puede no cumplir con alguna de las leyes peculiares de su especie, si se verifican las condiciones debidas.

El pecado tiende de suyo directamente contra Dios, pues va contra una esencia, imitación limitada de la ilimitada imitabilidad divina, y va contra la voluntad e imperio del Supremo Legislador.

Repugna en absoluto que Dios peque.

Siendo el hombre libre, dueño de sus operaciones, es por lo mismo dueño y responsable de su pecado.

Parecería que solamente queda por averiguar por qué Dios ha creado un mundo y almas en las que sabía El perfectamente que reinaría el pecado, esencialmente opuesto a su santidad má-